

EL RICO PEDRO

1º-2º

Había una vez un hombre al que llamaban “el rico Pedro”. Había viajado vendiendo mercancías y había ganado mucho dinero, convirtiéndose en un hombre rico. Este Pedro tenía una hija, y con ella aspiraba a tanto que todos los pretendientes que la cortejaban recibían un “no” como respuesta, pues creía que ninguno era lo suficientemente bueno para ella. Como a todos les ocurría lo mismo, al final dejaron de venir, y con el paso de los años, Pedro empezó a temer que su hija no encontrara marido.

—“Me sorprende mucho” —dijo a su mujer— “que ya nadie venga a pedir la mano de nuestra hija, siendo tan rica. Sería extraño que no hubiera nadie que quisiera casarse con ella, pues tiene dinero y heredará aún más. Creo que viajaré a ver a los astrólogos para preguntarles qué hombre le corresponde a nuestra hija, porque aquí no aparece nadie”.

—“¿Cómo van a saber eso los astrólogos?” —preguntó la mujer.

—“Ellos lo leen todo en las estrellas” —respondió el rico Pedro.

Así que tomó mucho dinero y viajó hasta donde los astrólogos, pidiéndoles que miraran las estrellas y le dijeran qué hombre le correspondía a su hija. Los astrólogos observaron las estrellas, pero dijeron que no podían verlo con claridad. Pedro insistió, rogándoles que miraran con más atención y prometiéndoles un buen pago. Los astrólogos volvieron a mirar y anunciaron que su hija se casaría con el hijo del molinero, que acababa de nacer en el molino junto a la finca del rico Pedro.

Pedro les dio cien táleros y regresó a casa. Le pareció muy extraño que su hija debiera casarse con alguien recién nacido y, además, de tan humilde origen. Se lo comentó a su mujer:

—“Me gustaría saber si estarían dispuestos a venderme al niño, así podríamos deshacernos de él”.

—“Eso mismo pienso yo” —respondió la mujer—, “son gente pobre”.

Pedro fue al molino y le preguntó a la mujer si quería venderle a su hijo. Pero ella se negó rotundamente.

—“No entiendo por qué no aceptas” —dijo Pedro—, “en vuestra casa solo hay pobreza, y el niño no hará las cosas más fáciles, me parece”.

Pero la mujer quería tanto al niño que no quiso entregarlo.

Cuando llegó el molinero, Pedro le hizo la misma oferta, prometiéndole seiscientos táleros por el pequeño, con los que podrían comprar una granja y dejar de trabajar para otros, libres de pasar hambre cuando el agua del molino escaseara. El molinero encontró razonable la propuesta y habló con su mujer. Al final, el rico Pedro se llevó al niño. La madre lloró y se lamentó, pero Pedro

la consoló diciendo que el pequeño estaría bien cuidado, aunque les hizo prometer que no preguntarían por él, pues pensaba enviarlo lejos, a otros países, para que aprendiera idiomas.

Al llegar a casa, Pedro mandó hacer un pequeño cofre, bien acolchado por dentro. Lo selló con brea, metió al niño dentro, lo cerró con llave y lo arrojó al río, dejando que la corriente se lo llevara.

—*“Ahora me he librado de él”* —pensó el rico Pedro.

Sin embargo, el cofre flotó río abajo hasta llegar a un canal que conducía a otro molino, donde quedó atrapado en la rueda, deteniendo su movimiento. El molinero bajó a ver qué ocurría y encontró el cofre. Se lo llevó y, al mediodía, le dijo a su mujer:

—*“Me pregunto qué habrá dentro. Vino flotando por el arroyo y detuvo la rueda del molino”*.

—*“Es fácil averiguarlo”* —dijo la mujer—, *“la llave está en la cerradura; ábrelo”*.

Al abrirlo, encontraron al niño más hermoso que pudieran imaginar. Se llenaron de alegría y decidieron quedárselo, pues no tenían hijos propios y ya eran mayores, sin esperanzas de tener uno.

Tiempo después, Pedro volvió a preguntarse por qué ningún pretendiente venía por su hija, siendo tan rica. Como nadie aparecía, viajó de nuevo a ver a los astrólogos, ofreciéndoles dinero a cambio de saber qué hombre le correspondía a su hija.

—*“Ya te dijimos que se casaría con el hijo del molinero”* —respondieron.

—*“Sí, muy bien”* —dijo Pedro—, *“pero con ese no será, porque ha muerto. Si pudieran decirme con quién se casará, les daría doscientos táleros”*.

Los astrólogos volvieron a mirar las estrellas, pero luego se enojaron y dijeron:

—*“¡Pues con el mismo hijo del molinero que arrojaste al río y quisiste matar! Porque sigue vivo, en el molino que está tal y tal lugar”*.

Pedro les dio los doscientos táleros y se preguntó cómo podría acabar con el muchacho.

Al regresar a casa, fue directo al molino. El joven ya había crecido, era un muchacho apuesto y ayudaba al molinero.

—*“¿Podrías cederme al muchacho?”* —preguntó Pedro.

—*“No”* —respondió el molinero—, *“lo he criado como a un hijo, y es tan bueno que ahora es mi apoyo en el molino, pues yo ya estoy viejo y débil”*.

—*“A mí me pasa lo mismo”* —dijo Pedro—, *“y por eso quisiera a alguien a quien enseñar mi negocio. Si me lo das, te daré seiscientos táleros, con los que podrás comprar una granja y vivir en paz el resto de tus días”*.

El molinero aceptó, y Pedro se llevó al joven.

Juntos viajaron por el mundo vendiendo mercancías, hasta llegar a una posada al borde de un gran bosque. Desde allí, Pedro envió al muchacho a casa con una carta para su mujer —pues el

camino más corto era atravesar el bosque—, diciéndole que hiciera lo que la carta indicaba sin demora. Pero en la carta ponía que debía encender un gran fuego y arrojar al muchacho dentro, y que si no lo hacía, ella misma sería quemada viva.

El joven partió con la carta. Al anochecer, encontró una casa en medio del bosque y entró. No había nadie, pero en una habitación había una cama tendida, así que se acostó en ella. Había guardado la carta bajo la cinta de su sombrero, el cual colocó sobre su rostro.

Cuando los dueños de la casa —doce bandidos— regresaron, vieron al joven en la cama y se preguntaron quién sería. Uno de ellos tomó la carta, la abrió y leyó.

—“Mmm” —dijo—, “este es Pedro, está de viaje. Pero vamos a jugarle una mala pasada, porque sería una lástima que esa vieja acabara con este joven tan apuesto”.

Así que los bandidos escribieron otra carta y la pusieron bajo el sombrero mientras el muchacho dormía. En ella decían que la mujer debía casar a su hija con el joven de inmediato, darles caballos, ganado, enseres y establecerlos en la finca que tenían en la ladera de la montaña. Y si no lo hacía antes de que Pedro regresara, ella sufriría las consecuencias.

Al día siguiente, dejaron ir al muchacho. Cuando llegó a casa y entregó la carta, transmitió el saludo de Pedro y le dijo a la mujer que cumpliera lo escrito sin demora.

—“Debes haberle sido muy útil” —dijo la mujer— “para que te mande una carta así. Porque cuando partieron, estaba tan enfadado contigo que no sabía cómo acabar con tu vida”.

Preparó rápidamente la boda y dotó a los jóvenes con caballos, vacas y enseres, dándoles la finca en la montaña.

Poco después, Pedro regresó y lo primero que preguntó fue si su mujer había hecho lo que le había pedido.

—“Sí, aunque me pareció extraño, no me atreví a hacer otra cosa” —respondió ella.

Pedro preguntó entonces por su hija.

—“Tú mismo debes saber dónde está” —dijo la mujer—, “está en la finca de la montaña con él, como decía la carta.

Cuando Pedro descubrió lo ocurrido y leyó la carta, se enfureció tanto que estuvo a punto de estallar. Corrió hacia la finca y le dijo al joven:

—“Está muy bien que te hayas casado con mi hija, pero si quieres conservarla, deberás ir al Dragón de Dybenfart y traerme tres plumas de su cola, pues quien las tenga podrá conseguir todo lo que desee”.

—“¿Dónde lo encuentro?” —preguntó el yerno.

—“Eso es cosa tuya, ¡yo no lo sé!” —respondió Pedro.

El joven partió con confianza. Tras caminar un tiempo, llegó a un castillo real.

—“Entraré a preguntar” —pensó—, “pues estas personas conocen mejor el mundo que otras, y quizá aquí me digan el camino”.

El rey le preguntó de dónde venía y qué quería.

—“Debo ir al Dragón de Dybenfart y arrancarle tres plumas de la cola. Ojalá supiera cómo llegar”.

—“Nunca he oído que alguien regrese de allí” —dijo el rey—. “Pero si lo encuentras, pregúntale por qué mi pozo no da agua limpia. Lo he limpiado una y otra vez, pero sigue turbia”.

—“Lo haré” —prometió el joven.

En el castillo lo trataron bien, y cuando partió, le dieron provisiones y dinero.

Al anochecer, llegó a otro castillo. El rey salió a recibirlo y le preguntó por su misión.

—“Debo ir al Dragón de Dybenfart” —explicó el joven.

—“Necesitarás suerte” —dijo el rey—, “pues nunca he oído que alguien regrese de allí. Pero si lo logras, pregúntale por mi hija, que desapareció hace años. La he buscado por todas partes, sin éxito”.

—“Así lo haré” —respondió el joven.

Nuevamente, lo trataron bien y le dieron provisiones para el camino.

Al caer la noche, llegó a un tercer castillo. La reina salió a su encuentro y le preguntó dónde iba.

—“Al Dragón de Dybenfart” —dijo él.

—“Eso requiere mucha suerte —comentó la reina—, pues nadie regresa de allí. Pero si lo encuentras, pregúntale por mis llaves de oro perdidas”.

—“Lo haré” —prometió el joven.

Siguió su camino hasta llegar a un río ancho. Mientras pensaba cómo cruzarlo, apareció un anciano encorvado.

—“¿Adónde vas?” —preguntó.

—“Al Dragón de Dybenfart, si supiera dónde está”.

—“Yo te lo diré” —dijo el anciano—, “porque ayudo a cruzar a quienes van a verlo. Vive justo al otro lado. Si subes esa colina, verás su castillo. Y si hablas con él, pregúntale ¿cuánto tiempo más debo quedarme cruzando a hombros a las personas?”.

—“Eso haré”, respondió el joven. El hombre lo cargó sobre su espalda, lo cruzó por el río, y cuando llegaron a lo alto de la colina, el joven vio el castillo y entró. Allí estaba la sirvienta del dragón, sola en casa.

—“Pero, querido amigo, ¿cómo se atreven los cristianos a venir aquí?”, exclamó. “Desde que estoy aquí, no ha venido nadie...”

«...y será mejor que te marches lo más rápido posible, porque cuando el dragón regrese a casa, te olfateará, te devorará y a mí también me harás desdichada”.

—“No”, replicó el joven, “no puedo irme sin antes obtener tres plumas de su cola”.

—“Nunca las conseguirás”, dijo la sirvienta.

Pero el joven se negaba rotundamente a marcharse; quería esperar al dragón para obtener las tres plumas de su cola y las respuestas a sus preguntas.

- "Bueno, si estás tan empeñado, tendré que ver cómo puedo ayudarte", dijo la sirvienta.

- "Prueba a ver si puedes levantar la espada que cuelga de la pared."

El joven no pudo siquiera moverla del sitio.

- "Entonces tendrás que tomar un trago de esta botella", dijo la sirvienta.

Después de un rato, el joven intentó de nuevo, y esta vez logró moverla un poco.

- "Toma otro trago", dijo la madre, "y luego cuéntame tu misión."

El joven bebió otra vez y luego explicó que un rey le había pedido que preguntara al dragón por qué su pozo no daba agua limpia; otro rey quería saber dónde estaba su hija, desaparecida hacía muchos años; una reina deseaba saber qué había pasado con sus llaves de oro, y finalmente, un barquero quería saber cuánto tiempo más tendría que seguir transportando personas. Cuando el joven tomó la espada, esta vez pudo blandirla.

- "Si no quieres que el dragón te mate al instante, métete bajo la cama ahora", dijo la sirvienta al atardecer, "porque pronto regresará a casa; y debes quedarte quieto para que no te note. Cuando estemos en la cama, yo le haré las preguntas; pero tú escucha con atención lo que diga y quédate bajo la cama hasta que todo esté en silencio y el dragón duerma; entonces sal sigilosamente, toma la espada, y cuando se levante, córtale la cabeza de un golpe y arranca las tres plumas de su cola; de lo contrario, él mismo las arrancará para que nadie pueda aprovecharlas."

Poco después de que el joven se escondiera bajo la cama, el dragón llegó a casa.

- "¡Huele a carne humana aquí!", dijo el dragón. — "Ah, sí, un cuervo pasó volando con un hueso humano en el pico y se posó en el techo", dijo la sirvienta, "eso debe ser lo que hueles." — "Ah, claro", dijo el dragón. Luego la sirvienta...

...Después de un rato acostados, la sirvienta se inquietó y de repente despertó.

- "¡Ay, ay!", gritó. "¿Qué te pasa?", preguntó el dragón. — "Ay, no tengo paz", respondió la sirvienta, "y he tenido un sueño muy extraño."

— "¿Qué has soñado?", insistió el dragón. "Soñé que un rey venía y te preguntaba qué debía hacer para que su pozo diera agua limpia", dijo la sirvienta.

— "¡Bah, eso lo podría saber él mismo!", respondió el dragón, "si excava el pozo y saca el viejo tronco podrido que está en el fondo, obtendrá agua limpia. ¡Pero ahora descansa y no sueñes más!"

La sirvienta volvió a inquietarse después de un rato, revolviéndose en la cama, y despertó de nuevo.

- "¡Ay, ay!", exclamó. — "¿Qué pasa ahora?", preguntó el dragón. — "Ay, duermo muy intranquila y he tenido otro sueño extraño", respondió la sirvienta. — "Tienes unos sueños terribles", dijo el dragón. — "¿Qué has soñado esta vez?"

—*"Soñé que un rey venía y te preguntaba dónde estaba su hija, desaparecida hace muchos años"*, dijo la sirvienta. —*"Esa eres tú"*, respondió el dragón, *"pero él no volverá a verte jamás. ¡Ahora déjame dormir y no sueñes más, o te romperé las costillas!"*

La madre no llevaba mucho tiempo acostada cuando se inquietó de nuevo. De repente despertó gritando:

—*"¡Ay, ay!"* —*"¿Otra vez? ¿Qué ocurre ahora?"*, dijo el dragón, tan enfadado y molesto por el sueño interrumpido que casi estalló en pedazos de rabia.

—*"Ay, no te enfades"*, dijo la sirvienta, *"pero he tenido un sueño muy extraño."*

—*"¡Esto es cosa del diablo! ¿Qué has soñado ahora?"*

—*"Soñé que una reina venía y te preguntaba si podrías decirle dónde buscar sus llaves de oro perdidas."*

—*"¡Bah, que mire entre los arbustos donde ella solía estar —ella sabe—, allí las encontrará"*, respondió el dragón. *"¡Pero ahora déjame en paz y no me hables más de sueños!"*

Durmieron un rato, pero la sirvienta volvió a inquietarse y despertó de nuevo.

—*"¡Ay, ay!"*

—*"¡No pararás hasta que te rompa el cuello!"*, gritó el dragón, tan furioso que chispas salían de sus ojos. *"¿Qué pasa ahora?"* — *"Ay, no te enfades, no es mi culpa"*, dijo la sirvienta, *"pero he tenido un sueño muy extraño..."*

—*"...Nunca había visto tantos sueños seguidos"*, exclamó el dragón. —*"¿Qué has soñado esta vez?"*

—*"Soñé que el barquero de la orilla venía y te preguntaba cuánto tiempo más tendría que seguir transportando personas."*

—*"¡Qué tonto! Es fácil librarse de eso"*, gritó el dragón, *"cuando venga alguien que quiera cruzar, que lo arroje al río y le diga: 'Ahora transporta tú hasta que alguien te releve.' ¡Pero ahora déjame dormir en paz, o las cosas se pondrán feas!"*

La sirvienta lo dejó dormir. Cuando todo quedó en silencio y el hijo del molinero solo escuchó los ronquidos del dragón, salió de debajo de la cama. Antes del amanecer, el dragón se levantó, pero apenas puso los pies en el suelo cuando el joven le cortó la cabeza y le arrancó las tres plumas de la cola. Hubo gran alegría, y el joven y la sirvienta tomaron toda la plata, el oro y las joyas que pudieron cargar. Al llegar al río, mantuvieron tan ocupado al barquero con todo lo que tenían que transportar que este olvidó preguntar lo que el dragón había dicho hasta que todos los tesoros, el joven y la sirvienta estuvieron al otro lado.

—*"Ah, sí"*, dijo el barquero cuando ya se iban, *"¿le preguntaste al dragón lo que te pedí?"*

—*"Sí"*, respondió el joven, *"dijo que cuando alguien quiera cruzar, lo arrojes al río y le digas: 'Transporta tú ahora hasta que alguien te releve' — así quedarás libre."*

—*"¡Ay!"*, gritó el hombre, *"si me lo hubieras dicho antes, tú hubieras tenido que relevarme."*

Al llegar al primer palacio, la reina preguntó si el joven había consultado al dragón sobre sus llaves de oro.

–"Sí", respondió el joven, susurrando al oído de la reina, *"dijo que busques entre los arbustos donde solías estar –tú sabes–."*

– *"¡Chist, calla!"*, dijo la reina, y le dio cien táleros.

En el segundo palacio, el rey preguntó si había hecho su pregunta al dragón.

–"Sí", respondió el joven, *"y aquí está tu hija."*

El rey se alegró mucho y habría dado al hijo del molinero a la princesa y la mitad del reino, pero como ya estaba casado, le dio doscientos táleros, caballos, un carruaje, oro y plata.

En el tercer palacio, el rey salió y preguntó si había consultado al dragón sobre su problema.

–"Sí", respondió el joven, *"dijo que caves el pozo y saques el viejo tronco podrido del fondo; así tendrás agua limpia."* El rey le dio trescientos táleros.

Desde allí, emprendió el camino a casa, cargado con tanto oro y plata que brillaba a lo lejos. Ahora era mucho más rico que el rico Pedro. Cuando éste recibió las plumas, no puso más objeciones al matrimonio; pero al ver tanta riqueza, preguntó si quedaban más tesoros así con el dragón.

–"Sí", respondió el joven, *"había mucho más de lo que pude llevar, tanto que se necesitan muchos caballos para transportarlo. Si quieres ir, habrá suficiente incluso para ti."*

Pedro decidió ir. Su yerno le indicó el camino para que no tuviera que preguntar.

–"Pero los caballos", dijo, *"es mejor dejarlos en esta orilla, porque un viejo te ayudará a cruzar."*

Pedro partió con mucha comida y muchos caballos, pero los dejó en la orilla, como le habían dicho. El anciano lo cargó, y en medio del río, lo arrojó al agua diciendo:

–*"Ahora transporta tú hasta que alguien te releve."*

Y si nadie lo ha relevado, el rico Pedro sigue hoy cruzando personas en ese lugar ... ¡y muy a disgusto!

Aportación de La Comunidad de Cristianos